Ángel Rupérez

Conversación en Junio

(1986 - 1989)

EDICIONES EL BANQUETE

Madrid 1992

RETORNOS

VIDA HUIDA

Empañan la lejanía las brumas del verano.
Un blanco resplandor, como de luz filtrada,
fulgura tras de mí y la casa me hospeda.
El terraplén no es lluvia ni lodo fermentado
sino cumbre de llamas, hoguera de retornos.
Tal vez el sufrimiento se abra paso en nosotros
si dejáramos de ser lo que entonces ya fuimos:
eternos pasajeros a la sombra de un árbol
que ahora nos recuerda el sitio más preciso
del cúmulo de tiempo que asoma en vuestros ojos
y también en los míos; la misma iluminación,
los mismos vastos sueños, la misma vida huida.

MEMORIA Y DESEO

Yo escucho con paciencia un relato sabido.
Supongo que su mano indica un pormenor
de una vasta distancia que es vieja y conocida
(un pico siempre alto, una esbelta montaña,
sin duda que un deseo remoto de encontrar
el rastro de su infancia vivida por allí.)
Los matorrales tapan la explanada de entonces
y el horizonte es sólo seca llama en el viento.
La casa que diviso tal vez nos cobijó
en un lejano otoño, tras cualquier aventura
de humedad y senderos, extraviados, solos,
siempre en la espesura de aquel oscuro bosque.

Mi gesto es apacible y su mirada busca
transmitir un legado que envuelve las palabras
de mudos sentimientos; su relato insistente,
tal vez sin suponerlo, tal vez sin desearlo,
reelabora memoria que es también mi memoria.
Tal vez sin que él lo sepa yo sigo mi camino
y abro sendas de luz en la selva del tiempo.

VIDAS PARALELAS

No es que sea un juego, ni siquiera un alarde
de juvenil destreza seguir el trazo firme
del raíl oxidado; los hierbajos han roto
con su invasión salvaje la pureza imposible
del lujo más hermoso: el sendero viajero,
entonces puro imán, raso brillo infinito,
costumbre de agacharse y escuchar el rumor,
ahora es suciedad, roñoso y negro óxido.
Pero no es un juego, no, ni su mirada pose
de nostálgico guía que reemprende el paso
para llegar a ayer y examinar las huellas
que son el seco polvo, la oscura y gris ceniza.
Sé que su mirada, que escruta lejanías,
que socava recuerdos, transciende tras de mí
y busca, como yo, sobre el telón de fondo –
acumulado tiempo, indefinible abismo –,
el origen secreto de una antigua morada.
Sé que su mirada, como susurro o viento,
prosigue tras de mí, vela cerca mis pasos,
me tiende su tristeza o su oculta pasión
y me aclara misterios también sobre mi vida.
La mano en el bolsillo, el perfil aguzado,
¿adónde me llevarás, qué será lo que miras?
¿Quién podrá comprender que los dos somos uno,
persiguiendo lo mismo, una y misma memoria?
Mientras me alejo yo, y el cielo resplandece,
él sigue tras de mí; yo sé que aún le espero.

LA CASA MUERTA

Ahora ya está muerta la casa en que vivíamos.
La parra ya no existe y apenas quedan restos
de nudos retorcidos, de troncos desgajados.
Ya no hay racimos ácidos en el primer otoño
ni ese áspero aroma de hojas polvorientas
donde hacían agujeros los múltiples insectos.
La persianas echadas, ¿quién vivirá?
No preguntéis nada, nada queráis saber, dejad
que sean cambios en la memoria absurda de un cómplice
que ignora los cimientos que han sido.
Pasad luego de largo, o mejor, guardadlo todo
igual que estaba entonces; sustituid las flores
por la parra salvaje; poned en los aleros
los esféricos nidos y subid al desván
donde en los viejos trastos dormía el viejo sol.
Recordad en las pesas la sequedad del polvo
y las láminas doradas en los lechos de luz.
No queráis enfermar queriendo trasponer
el umbral de aquel tiempo invadiendo este tiempo.
La casa ya está muerta; no preguntéis a nadie;
nada queráis saber; sed sólo los testigos
para dejar constancia de que fuisteis aquí
los dueños de un vivir que aún es la vida.

LA TARDE CENITAL

Veía atardecer como quien mira forjarse una pintura.
Los tejados, ya de por sí lumbre, igual ardían
y en los cristales vibraba el alma del crepúsculo
con una lentitud propia de junio. Volaban los vencejos.
Abría las ventanas, dejaba circular por la estación
mucha energía, muchos más sentimientos y cierta fe.
¿En qué? No sé muy bien, tal vez en el misterio
que establece esos vínculos que te hacen ser más
por un instante: tú y cierta luz,
tú y los aromas, tú y un verdor más que esencial.
Según se desmayaba penetraba la luz
dejando aquellas manchas que parecían brasas
colocadas allí para encender la noche eternamente.
Y penetraba un ruido o, más que un ruido, toda la música
que en su volar audaz hacían los vencejos,
tan compenetrados en su ir y venir enloquecido
con todo lo que había, un aire inmaterial, y con el sol.
¿Qué regresaba allí? ¿Siempre hay regreso?
No sé, pero creía, según pasaba páginas, o fumaba deprisa,
que era yo la ocasión para entroncar aún más
con lo que fue la vida: los días luminosos,
las tardes silenciosas, los paseos de noche en que también
como hoy habia vuelos y otros tantos chillidos
y más crepitaciones y tanta o más luz.
No sé, pero al acabar –al ahondarse la noche– algo duraba
y tal vez aún dure; tal vez regrese algo
cuando vuelvo a contemplar todo ese anhelo
con que avisan los vencejos que no se retrasará la plenitud.
Sangra el cielo, declina algo la luz,
se hace el silencio, traspasan los chillidos el aire inmaterial
como si fuera ayer, los días poseídos, el tiempo calcinado.

EL OLOR INVENCIBLE

En el pinar hay luz, verdor terso de acebo,
resplandor amarillo de bajas hojas secas
y un ligero espesor de cortezas melladas
en troncos que no invade la mohosa humedad.
Estabas junto a mí, sé que lucía el sol,
recuerdo que su mano me condujo al lugar
tal vez de un pino idéntico, de una sombra ideal.
De aquel día perfecto hoy tú eres la réplica
donde no puede el tiempo encontrar acomodo.
En tu mirada ahora reconozco un camino
y en la mano que dejas blandamente posar
reconozco la guía, el sendero mejor
para llegar a casa cuando sé que me esperas,
hace ya mucho tiempo, un día igual que hoy,
con parecida luz, mis hermanos, tú misma
y un penetrante olor como siempre invencible.

BELLEZA ESENCIAL

Entonces ellas, al reunirse así, al aparecer así
con suaves blancas manos y brazos enlazados,
al ser fuego en los toldos de un sol abrasador
y muy hermoso, al saberse infinitas –
pues infinitas son sus voces dulces, su mirar
serenado, su largo y firme encanto que atrapa
en el ambiente los pulsos del ensueño –,
¿dónde residen? Quiero decir: ¿Son sólo eso,
una gran instantánea efímera y feliz,
un robado momento a una hoguera real
donde ellas convergen y nosotros ardemos?
¿O es que son algo más, puesto que fulgen tanto,
puesto que desprenden luz, luz y más luz?
Ellas nos miran, a sabiendas tal vez
de imaginarnos cómplices, seguro que rendidos
a su extrema belleza, sin duda que orgullosas
por sentirnos reflejos y algo más que devotos.
Ellas nos miran y sé que ahora perduran
en un lejano tiempo real e inconcebible
(pues se sienten invictas al saberse amparadas
y se sienten felices al saberse promesas.)
Vuelvo hacia ellas, estampo fechas fijas
al dorso de la foto que me han regalado
para saber de mí cuando busque en sus ojos
la belleza esencial, el tiempo que han vivido.
Y siempre me pregunto, deseante, algo inquieto:
¿Será por siempre así? ¿Vivirán para siempre?

LOS VIEJOS TRONCOS

Ha sido la ocasión el viejo tronco de volver
otra vez a enlazar las riberas; socavadas raíces
me han vuelto a recordar lóbregas grutas
y en general la luz me ha trastornado.
Manchas blancas he visto como abismal destello
abriendo las cortezas; manchas blancas he visto
conteniendo la luz más allá de la luz.
¿Me esperaba alguien más más allá de mí mismo?

Os pregunto a vosotros por si podéis hablar para decir,
vosotros, los testigos, quién era yo, si el mismo
que ahora pasa por el tronco de luz u otro
confinado a un secreto inmortal que ahora florece.
A vosotros pregunto, sol cenital, eternos altos pinos,
laderas agostadas, hondas brechas de luz,
por si podéis hablar para poder contarme
quién era yo, si el mismo que ahora pasa u otro
despojado que duda si su reino contenía este olor.

OFRENDA NATURAL

Apenas se oye el río; no puedo distinguir
si hoy sobre el camino se alzan nubes de polvo.
Sí llega a mí, igual que entonces, un perfume
de tierra calcinada, de primitivo horno
donde chispea el fuego y se calienta el barro.
Discierno si me esfuerzo los golpes en el yunque,
la inquietud de un caballo, la claridad metálica
de las chapas forjadas, del hierro macerado.
Incluso, si persisto, adivino a estas horas
el aroma sutil de viejas músicas y el sabor
agridulce del agua entre los berros o entre moras.
Voy caminando hacia tí, fuente de entonces.
Me dice la memoria: nada ha cambiado y ni siquiera
tú, el que ahora buscas, eres distinto.
Todo lo que ves, en dulce posesión, te pertenece.
Haz lo de entonces; no dejes de beber.

La mano temblorosa acerca el agua; sorbo el miedo
de no poder repetir la callada lección
del manantial; la noche me acobarda o me distrae.
No veo el viento; el pinar me traiciona;
el ruido de un motor traspasa con estrépito
el silencio que palpo; las luces, a los lejos, parpadean.
¿Dónde está el cántaro? ¿Y aquellas manos limpias?
¿Había entonces barro? ¿Se oía el manantial?
Me dice la memoria: haz lo de entonces; no dejes de beber.

LOS PRESAGIOS DUDOSOS

El tiempo era apacible; el día luminoso.
Hervía el bajo sol entre los huertos.
Venía junto a mí la vida conocida
años atrás; conservaban mis ojos
la memoria; recordaban mis manos
las hojas del romero o el secreto verdor
de la albahaca; cada cual en silencio
retuvo para sí los detalles más claros,
los mejores: el azul jaspeado de amarillo
en la tierra; la pendiente de espinos
para llegar abajo, junto al río;
las rocas horadadas por nichos tenebrosos.
Luego, al atardecer, fuimos al manantial.
Cada cual en silencio se abandonó
al rumor que había oído años atrás.
Yo, mientras andaba, asimilé el grave
estertor de las cornejas y curioseé
en el río; note que el fino aire confundía
en mis pies todo el crepúsculo.
La arena era el sendero y los guijarros
las cuentas que ensartaba la memoria.
En los haces de leña supe algo de mí;
en el fuego pasado se desprendió la llama
que iluminó la tarde que era entonces.
El aroma quemado me recordó la noche
y las voces difusas a mí mismo atrapado
en la fúnebre lección de las cenizas.
El sol iba en declive; quedaba el resplandor
del horizonte; las brasas degradaban
la perfecta fulguración de las estrellas.
El cielo se ofuscaba; los huertos eran agua.
El pueblo, lejanía; mi conciencia, un error.

EL RETORNO DE LOS VENCEJOS

Ya han vuelto a venir y se están disputando
con su rara inquietud los día únicos.
Transitan velozmente, acaparan la tarde,
empujan hacia mí los dominios del sol
cediendo por instantes las tramas de su impulso.
Entrecruzan las líneas de sus múltiples viajes
con las franjas de fuego del horizonte en llamas.
Son luminosos porque siempre predicen
el clima favorable de lo que ha de venir
con promesa cierta, como seguro fruto.
Son refulgentes porque están contagiados
del aire superior de las alturas
que sólo ellos conocen y en su misterio
habita una lección que sólo como música
es comprendido; o sólo como imagen,
imagen repetida en la más esencial
de las memorias. A fuerza de mirar
tal vez entienda lo que de humano hay
en esa certidumbre de conocer el cielo,
los hábitos del sol, las íntimas moradas
donde asoma la plenitud que luego arde.
Su retirada no es causa de dolor
porque en ella no hay muerte ni tan siquiera
huida envuelta en aire oscuro.
Ya volverán en alas de la luz
fulgiendo como estrellas que giran sin cesar
en busca de la vida como si fuera nuestra.

ETERNOS RETORNOS

Díme, sombra, quién soy entre toda esa gente
que acude igual que yo a la antigua rutina
de ser en la terraza sempiterno voyeur
y puntual visitante del ayer y de hoy mismo.
¿Por fortuna soy ése, sentado casi al lado,
hombre maduro ya, moreno, más bien alto,
ligeros labios gruesos, oscuros ojos negros,
nariz considerable, casi intacto aún el pelo?

¿O aquel otro de allí, inédito escritor,
cinéfilo de siempre, que trabaja en la radio,
con su calva cubierta de pelos estirados,
con su absurda mujer, huesuda, patilarga,
que siempre me sedujo por ser inconfundible
(carmín exagerado en sus labios sumidos
y un perfil aguzado entre tierno y horrible)?

¿O tal vez aquel otro, con bigotes de ayer
igual que broza áspera arriscando el mentón,
imperturbables gafas de inseguro miope,
vaqueros de almacén, cazadora de saldo,
playeras lisas blancas y una prisa de loco
por reanudar cuanto antes el eterno trayecto,
calle arriba y abajo, calle arriba y abajo?

¿O aquel fatal artista, Vasarely y Mondrian,
paisajista incapaz, malhumorado, arisco,
poeta vallejiano, gisnberiano, Walt Whitman,
que entonces era alguien –una gloria local–
y hoy, igual que entonces, apura una cerveza
con la pequeña corte de admiradores fijos,
alguna chica joven, el resto de su quinta?

Puede que sea yo mi sobrino muy joven,
bonancible y nervioso, algo ganso y grandón,

emperrado en buscar los placeres del río –
pescar cuando anochece, bañarse cuando hay luz –,
e incapaz de seguir el ritmo de las horas
sentado en la terraza degustando un vermut
(que sabe fatalmente a Martini de ayer,
amargo color rojo y que huele a frescor).

Mi sobrino que ignora el tiempo que ahora pasa
sobre mesas de mármol – viejo mármol gastado –,
sobre sillas metálicas repintadas de nuevo,
bajo elásticos toldos que ondean con el viento,
bajo plátanos regios y un parasol aislado;
mirando las palomas, soñando con el río,
atando cabos sueltos del ayer y de hoy mismo.

Como sombra a su lado probablemente yo,
absorto, escrutador, nostálgico, errabundo,
exigiendo al instante que perdure algo más,
no sé por qué razón, tal vez porque desee
en una imagen fija ver la cara del tiempo,
lo que se ha repetido, lo que ya no es igual,
lo que queda de mí, lo que ya no recuerdo.

AYER Y HOY

Todo redobla, los ecos se concentran.
Ayer retorna a hoy y hoy vuelve hacia ayer.
Rehén del devenir, esclavo fiel del tiempo,
sé que no hay salvación, que siempre seré el mismo.

CUADROS

EL AMOR Y LA MUSICA
(Tiziano)

Cualquiera que buscara el amor natural,
la verdad simple, te miraría a tí
e intentaría seguir los pasos que has seguido.
Haría lo que tú, que olvidas el teclado,
porque detrás de tí con su mirar cándido
te espera el origen primero de la música.
Tal vez por eso miras, porque estás persuadido
de que la verdad que buscas se encuentra en la mujer
que oculta su deseo simulando ternezas.
No es una distracción, ni siquiera un antojo
que improvisa educado un músico galante.
Es una obsesión, un pudor atrevido,
tal vez una obediencia disfrazada de audacia
o una necesidad que aspira a ser servicio.
Yo haría como él, atender la llamada,
abandonar mis notas, olvidar que soy músico,
mirar con desafío y aguardar el amor.

Al fondo la arboleda cobija a unos amantes.
Se yerque solitario el chorro de una fuente.
Hay caballos que pastan; pavos reales solos.
Los amantes lejanos podrían ser los mismos
cambiados por los años, borrados por el tiempo.
El amor ha vencido; la música ha vencido.
Todo se explica: el arte de verdad siempre es la vida.

EL SILENCIO VISIBLE
(Zurbarán I)

Mira lo que te llama en ese cuadro:
el almirez, los vasos, el silencio.
Sustentándolo todo una mesa perfecta
de madera inusual y zócalos alados.
¿De quién es esa luz tan misteriosa
que comprende la noche y la traspasa?
No llega de arriba ninguna tentación
que abra heridas inútilmente humanas.
Tampoco hay atisbos de estériles deseos.
Arriba, alrededor, al lado,
la atmófera que hechiza es musical
y sugiere el recuerdo del vino
madurado en siglos de paciencia
o el penetrante aroma de flores
que han sabido morir y que han durado.
Mira lo que en el cuadro hay
para poder ser dueño de todo lo que ves:
aspira hondo las flores, apura
todo el vino y entrégale a la luz
la máxima esperanza de vivir.
El silencio te ofrece la medida:
las sombras son elásticas, las formas
musicales, el tiempo iluminada quietud.
El sueño del pintor es la promesa.
Comprende que es un don; sé la respuesta.

LA LLAVE SIGILOSA
(Zurbarán II)

No acaba ahí el mundo de este cuadro:
las cosas colocadas en hilera
transmiten al espíritu el orden minucioso
del ensueño; así podría ser el paraíso
si habitaran en él los búcaros rojizos
o las bandejas sobrias de brillo equilibrado.
Su luz podría ser tal como es ésta:
no cegadora, como de julio en llamas,
ni inmesamente dulce, de crepúsculo.
Más bien serena, surgida del envés
de un sol que sabe bien el régimen del trigo
o que dora en su punto las viñas escogidas.
Como una luz de nimbo comprensible,
estrictamente humano, con algo de divino.
Su sombra es hospitalaria y tenebrosa:
no imaginas en ella las lóbregas miradas
que esgrime la amenaza en territorio hostil.
Supone el contrapunto que requiere la luz
para existir mejor y ser más limpia.
También es el pudor que a veces imaginas
en alguien que reclama silencios oportunos;
la cara que el anfitrión esconde al invitado
no por doblez ni por mundanos cálculos
sino porque reside allí algún secreto
de su vida más íntima: tal vez su oscuridad.
Me llaman la atención los dueños preteridos.
Están ausentes porque están más acá
del resplandor sutil que los excluye
y los incluye a un tiempo; discretamente miran
igual que miras tú, casi asombrados
de ver lo que tú ves; aunque llevan ventaja:
son ellos responsables de haber imaginado
semejante equilibrio del barro y de la plata.
Y luego está el pintor, tan sobrio y poderoso:

él ha hurtado la luz y la ha devuelto luego
filtrada por cortinas invisibles para que veas tú
lo que él ha visto y lo que te ha regalado.

LOS PINTORES FELICES
(Chardin)

El fondo que ilumina un vago resplandor
implica que es posible contemplar limpiamente
el universo ajeno como si fuera propio.
Quien mire a su interior a través de tus ojos
tal vez con más verdad llegue a sí mismo.
En esa residencia el sol que te acaricia
es un imán: en él habitas tú; yo a él aspiro.

TAZON REAL, ALCUZA ILUMINADA
(Morandi)

Cuánta sabia paciencia reconozco en la alcuza
de hojalata abollada que han mirado tus ojos
una y mil veces; y en tus vasijas luz
quiere decir disposición callada a albergar
caldo cálido o agua refrescante o silencio esencial
que es por ahora y siempre filón de la costumbre.
Tus botellas se alargan como aceiteras gráciles
abriendo en el espacio vertical ansiedad
que es lumbre opaca o fuego incandescente.
Los tazones regresan de una cocina oscura
para alzar del mantel un halo de misterio
porque ya han conseguido al fin ser lo que son.
La cafetera humea; transparentan los frascos
la limpia finitud de un claro líquido
que siempre he de beber, siempre que mire.
Los dados de cartón son los apoyos que vertebran
las manos con rara decisión de restaurar un ámbito
donde nada compita; la luz es una brújula
que predice un camino donde he de habitar.
Alguien iluminándome me dice desde dentro:
tienes que saber ver para saber vivir;
tienes que ser la alcuza o la aceitera grácil,
la jarra iluminada o el tazón elevado
para llegar aquí y ser lo que ellos son,
vasta paciencia, abismo claro, arraigo suficiente.

LOS SEMBRADOS Y EL MAR
(Mark Rothko)

Había visto el mar; ahora es distinto.
Había visto el rojo del sembrado o el ceniciento gris
con fina lluvia de una playa en invierno.
Había orado al visitar incrédulo
cualquier antigua iglesia, recordando tal vez
que fui educado en el respeto que inspiran
los altos silencios religiosos; ahora es distinto.
En un banco vacío he meditado en esos solitarios
que confían al misterio perfumado sus tristezas.
He visto en pleno julio a jóvenes novicios
recitar en el templo una rara salmodia
para afrontar el mal o tal vez su pecado.
He comprendido a veces la oscura finitud
de un horizonte en donde cabe el gris
de la ceniza, el gris de las paredes desconchadas,
el cárdeno y luminoso gris de una tormenta.
También he conocido la negra soledad
del peregrino que describe en su mente
el territorio que lleva tras de sí y el que le espera.

Ahora, al contemplar los cuadros, comprendo
que el negro es el final, la precipitación del gris.
En él caben matices milagrosos: es el final,
el trazo último, la herrumbre decisiva.
Tal vez la compunción de un místico
que en una noche oscura otorga al alma
la rara posesión de una gran luz
para intentar salir de un laberinto.

La atmófera es muy tibia; el horizonte vasto.
El sembrado se eriza de surcos rectilíneos
donde clava noviembre la enseña del invierno.
El mar, si se adivina, puede traer la lluvia
y abrir expectativas, el agua necesaria.

Me sorprendo pensando en mi otro laberinto.
Saber salir de sí para llegar al mar, ¿es la otra vida?

HOMENAJES

FONTIVEROS

(I)

La fuente no gotea; sin embargo hay mirar
de ojos luminosos al acecho de mí, tal vez
como los suyos devueltos a la vida, o algunos
semejantes que miran como él miraba entonces.
¿Ganas de conocer? ¿Preguntas incisivas
al viajero? Tú, el extraño, ¿qué te ha traído
aquí? ¿Por qué paseas sólo? ¿Qué vienes
a buscar mirando atentamente las ventanas
sin lumbre? El excesivo sol es tu victoria
si vienes del invierno; yo conozco el invierno.
Acércate; pregunta. ¿Quieres saber de mí?
Mi ciencia no es exacta aunque sí luminosa.
La soledad maestra también habita en mí
y algo más que una fe, seguramente llamas
y un raro candelabro con mil velas prendidas
que serán tu camino, el único camino.

La fuente no gotea; tal vez me haya ausentado.
Sé que estoy caminando con la misma entereza
que un tenaz peregrino que no teme al cansancio.
Recuerdo la llanura tras de mí, como un desierto.
Aún conservo la luz entre los altos chopos
y la lección del sol aún victorioso.
Contéstame, tú, el extraño, tú, el peregrino.
¿Debo seguir? ¿Es este mi camino, el único camino?

(II)

Detrás de mí he dejado la iglesia rematada
por ábsides calados de múltiples rectángulos
y de agujeros negros que son curiosos nidos
y que recuerdan cuevas abiertas por el viento.
Mientras iba despacio sintiendo el oleaje

y el declive del sol y el violeta incendio
en crestas sucesivas de colinas cercanas
o en copas orgullosas de chopos alejados,
me ha obsesionado mucho sentir en la llanura
unos ojos despiertos que han debido mirar
en invierno los surcos y en verano las olas
de este amarillo mar suave y reseco.
El viaje de regreso para mí ha consistido
en calibrar distancias, senderos enterrados,
confines alejados donde sus ojos vieron
escalas de una noche, fulgores de una llama,
armonías serenas de un canto espiritual.

(III)

Los carteles anuncian desviaciones nuevas.
A unos pocos kilómetros, con el mar en mis ojos
y el sol en mis asientos, una flecha anticuada
señala la dirección de un pueblo algo borroso.
El conductor de un coche señala amablemente
el camino real; la lejanía es rojo y entrelazado
incendio de un fondo carmesí y una orla de fuego.
Se enlazan y entretejen claveles y amapolas.
Se duerme un segador; la hoz yace a sus pies.
El perro se acurruca; abandonarse al sueño
no es seguir; hay que seguir; la torre me lo anuncia.

LUIS CERNUDA

Pelo partido en dos por una raya al lado.
Oscuros ojos negros con honda sombra oscura
puede que de reflejos de un sol ya poderoso.
Recta y noble nariz y pómulos perfectos
de belleza inusual; confortable sonrisa
aún no socabada por un severo rictus
de amargura de fondo que se va abriendo paso
ni tampoco hosquedad o huraño gesto hostil
que tiende a consagrar un desdén congelado.
Elegante chaqueta de gris franela a cuadros
y entrevista camisa desabrochada y negra.
Al fondo queda el mar, las franjas luminosas
convertidas en trazos de un azul desvaído
por efecto del tiempo – el tiempo que ya
asoma soberano y cruel, nublando y empañando
profundas perspectivas de luz fuerte y hermosa.
¿Aún se oye el mar? Tal vez aún se oiga
el rodar monocorde de las olas que observa
con placer absorbente y con arrobo extremo
el exigente esteta que se abandona al sur.
Tal vez sea feliz o así al menos parece.
La foto nada dice de fechas transcurridas
ni de memoria estable ni de algunos testigos
que pudieran dar fe con voz remota y firme.
(¿Quiénes había allí? ¿Qué día era?
¿Sabían – de haber gente – la real profesión
del señor sonriente que posa junto al mar?)
Evoca la soledad esa mirada que procede del tiempo
atravesando el tiempo; recuerda la soledad porque,
aunque ría con claridad y mire confiado,
parece que al sonreír requiere e interroga
o parece exigir que no se ponga fecha
al amor que se oculta en esa compostura.
(¿Y por qué esa impresión de amor solicitado
ahora que ya hay muerte e invierno de por medio?

¿Quién interroga? ¿Quién exige respuestas
a un testigo visible, todavía futuro?)
Regreso a aquel pasado; paso hojas, releo:
"Ahora, al poniente morado de la tarde,
En flor ya los magnolios mojados del rocío..."
Pero ahora hay dolor, dura lucha elegíaca,
confrontación acerba de quien mira hacia atrás
sabiendo condenado su paraíso en luz
a gris tiniebla hostil y a lóbrego destino.

Regreso a aquel pasado; la belleza inusual
de pómulos tallados es el molde risueño
de la risa que ignora los estragos del tiempo
que anticipan la muerte; el ademán cortés,
la discreta elegancia, la confianza firme,
los sueños aún intactos, el resplandor del mar.
Aún quedan los días, no es postrera la luz.
Aún quedan los días y la dicha en el aire
es promesa futura, prolongación remota
de lo que ha de venir, de lo que sé vendrá:
"Primavera con niebla, amarga, sin perfume..."

ENCUENTROS

PLACE DES VOSGES

Ha llegado el momento de retirarme, de irme de aquí.
Durante muchas horas he paseado por estos soportales
húmedos y he reparado en tiendas y he visto escaparates
con muebles encerados, libros viejos, joyas relucientes.
He paseado creyendo recordar ecos lejanos, el roce de levitas
sobre un suelo embarrado, el miedo teológico confundido
con el supremo júbilo de sentir en la puerta una mirada fiel
que aún espera. También he contemplado desordenados puestos
de hortelanos, fruteros, y un mercantil enredo de proclamas
junto algún intercambio de miradas donde asoma el amor
en medio de la disputa ruda por ver quién vende más.
Las casas elegantes me han forzado a pensar en los señores
que con semblante adusto decretan un castigo o reanudan
negocios o dan severas órdenes a los míseros siervos
que tienen que obedecer e inclinar la cabeza y dar luego
las gracias por tener la fortuna de poder usar prendas
que el señor generoso ha desechado; he visto el resplandor
secreto de una vela encendida en una mesa y he escuchado
el trémulo rasgueo de la pluma de un febril escritor
que trabaja de noche con el rumor que en el día ha cosechado.
He visto aviesos mercaderes e intrigantes políticos,
mujeres muy hermosas, niños desarrapados, mercaderes,
arrieros, campesinos, músicos, galanes, buhoneros
en un día real de primavera nueva semejante al de hoy.
Durante muchas horas he creído asistir como un cliente más
a este mercado y durante muchas horas he creído escuchar
el roce de levitas sobre el suelo, el taconeo rápido
de un paje, la risa descarada de una chica, el paso
melancólico de dos conversadores que hablan con gravedad de Dios.

Al lado de la esquina he ocupado una mesa en la terraza.
Oía junto a mí hablar a los turistas de todas estas tiendas
con aire distraído; hacían fotos, entresacaban datos
de sus guías; hablaban con reserva y educada cautela
al tiempo que bebían de sus vasos con suma discreción.

Sus voces retumbaban en mi voz interior; sus voces eran
ecos, sus ademanes calcos, su asombro el reencuentro
con los días antiguos que tienen fechas fijas en las casas
de la plaza más bella del barrio del Marais; repiten
viejos ecos con sus voces; tanto ellos como yo somos
tenderos, fruteros, hortelanos, teólogos, artistas,
que han salido de casa para dejar constancia de su vida
con voces y con ecos que no ha borrado el tiempo
y que ahora vuelven, igual que vuelve ayer, igual que vuelve el sol.

UNA VIDA MAS LARGA

A Claudio Rodríguez

Si me quedara aquí, sentado y distraído
en el sillón, mirando únicamente el cuadro
más vacío de la tierra – el horizonte efímero –,
tal vez hiciera mía una vida más larga.

Sería solamente la lección de un reducto
pasivo de mí mismo que sabe calibrar
el secreto valor de los gestos anónimos
y que agradece siempre la promesa asequible
del mensajero audaz que pasa sin ser visto.

La quietud exige seguros interiores
e incluso fortalezas valladas con esfuerzo;
torreones severos para exigir silencio
al vendaval ruidoso, y campanadas claras
para seguir las horas con firme paso a paso.

Se trata de una fe carente de doctrina.
El premio no es seguro, el sufrimiento sí.
Consiste en esperar con paciente entereza
que el río que está seco reciba en primavera
el caudal suficiente de lluvia prometida.
Que la arena caliente del tórrido desierto
se convierta en cendal de clara luz y espuma.

La apuesta es peligrosa; la fe injustificable.
Yo voy perdiendo vista; muchas veces incluso
la espera es tan inhóspita que hasta la brisa
suave se trueca en rozadura y el horizonte
arroja un lúgubre telón ante mis ojos.
El desafío es grande; el interior endeble.
El tiempo es absorbente, exagerado, muy cruel.
Aunque en caso de ganar los muros serán firmes,
el torreón alado, la fruta siempre fresca,
la vista iluminada, el sol calor sin fin
y cofre el horizonte de una vida más larga.

EL SUEÑO DE LA VERDAD

He estado un rato solo; no ha habido nadie que empañara
mi sueño solitario, mi secreta visión, mi extraña ausencia.
He dejado en la mesa todo lo que llevaba:
todas mis llaves, unas gafas de sol, unas pocas monedas.
Creo haber escuchado una profunda música
y un más hondo silencio. Me ha permitido el sol
conocer por instantes su radical hoguera. Más tarde
he penetrado en un zaguán umbrío con sombras de ciprés
y baldosas pisadas por un secreto viento.
Te he comentado a tí – creo que sí eras tú:
Amo que nuestras voces lleguen a perforar
la impenetrable llama del silencio en el patio
y que nuestros ojos lleguen a abarcar en el muro
el misterio esencial de la luz derramada.
Amo poder sentir que sobre mí dos pisos,
con suelo de madera, balaustrada, hornacinas,
prometan la ascensión desde el brocal de un pozo
hasta el brillo del aire que siempre será azul.
Amo poder llegar, subir escalinatas, interrogar
al arte igual que un solitario que se pide a sí
mismo una oscura verdad, y que luego se sienta
porque ve en la alameda que allí puede vivir,
que allí ha vivido. Amo esta soledad, esta irreal
ciudad, esta pureza ocre, esta eterna canción
que en su vuelo esencial arroja un pájaro
con tan hermoso vértigo que siempre es quietud.
Amo retroceder, soñar, ser siempre otro,
interrogarte a tí, pedir que siempre digas
por qué puedo tenerte y saber que me escuchas.
Esta ha sido la hoguera que he soñado un instante.
¿Ha transcurrido el tiempo? ¿Ha descendido el sol
desde otra altura, llevándome consigo hasta el ocaso?
He oído sueltas voces; me han llegado murmullos.
He sentido unos pasos; supongo que eras tú.
He despertado; estabas a mi lado; eras mi lado.

LA VIDA DECISIVA

Qué perezoso ímpetu volverse a bañar cuando anochece.
Ha sido un día hermoso: hemos visto "El Paular" y luego
junto al río hemos idos a comer bajo los álamos.
Nos hemos refugiado bajo un soportal cuando apretaba el sol
y hemos conversado en bancos de madera contemplando la fuente.
No había nadie: era sueño el entorno y un surtidor de agua
desgranando rumor llenaba limpiamente la taza de alabastro.
Dejándome llevar, mirando el agua clara o el vasto cielo azul,
he viajado un instante al tiempo que charlábamos
de algunos viejos recuerdos de Londres y Milán, de Siena
y Roma – también de Asís –, llegando hasta Madrid, donde vivimos.
Yo he viajado algo más, sin competir, casi en voz baja,
al interior de otros muchos recuerdos que tan bien sintonizan
con el día de hoy, agosto y luz, siesta y silencio.
Qué curioso: conversaba contigo, seguía bien el hilo
del elogio de Roma – Villa Borghese, el cuadro de Tiziano–,
o llegaba a Madrid con entusiasmo – Velázquez, Zurbarán, Goya,
Correggio.
Y, sin embargo, un poco ubicuo, surgían sin querer dormidos
los recuerdos en la copa del álamo que junto a mí temblaba.
Que junto a mí temblaba: pues, mientras hablábamos,
seguía con la vista el verde plateado de las hojas
donde, en competencia afín, dormían brisa y sol, jugueteando.
Sentía que era corto el vivir, yo poca cosa pues era como si
la vida al concurrir pudiera más que yo, sobrepasándome.
Veía lejos, era capaz de compartir los mundos, de enlazar
los extremos de lo que estaba aquí y era remoto.
Ya conozco esta hora, dije para mí; ya he transitado aquí
sobre estas losas y ya he contemplado aquí esta templanza
en cenitales brumas o en transparencias cálidas.
Estaba arrellanado en el sillón y te dejaba hablar –
las sobrias elegancias de Milán, la pureza de Asís,
las iglesias de Romas, sus barrios populares, sus museos.
La fuente refrescaba la clara limpidez de tus palabras.
Yo soñaba, entretejía el sol, temblaba al álamo.

Vagaba al más allá de mis recuerdos, distrayéndome.
Veía eternidad en los dos mundos y era corto el vivir.
Más tarde, al anochecer, dejándome herir muy dulcemente
por la luz del sol que declinaba, regresé al río.
Con perezoso ímpetu, con silenciosa fe, allí volví a nadar.
La eternidad callaba; era corto el vivir; el río, el mismo.

PONT DES ARTS

Hubiera deseado no alejarme jamás
de tanta lluvia o, al menos, de alejarme,
haberla pintado más, intensamente, eternamente.
No fue posible entonces y hoy me duelo por ello.
¿Quién me devuelve el zigzag turbulento
de la lluvia rabiosa de huracán y el puente
iluminado y al fondo con sus cuadros el museo?
Lluvia, lluvia, lluvia, ¿qué nos traías?
¿De qué nos hablabas? ¿Por qué no te pinté?
¿Te has ido para siempre? ¿No volverás?
Pero si vuelves, trae la sensación, trae el paisaje,
los cuadros en los ojos, la vida sobre el puente.

PONT DE L'ALMA

Qué nombre más hermoso para un puente.
Y pensar además que nunca me vi allí
un fugaz transeúnte que busca un autobús
o una boca de metro. ¡Qué va! Allí me vi
un dichoso habitante acostumbrado al lujo
de estampar en el agua un reflejo de sol
o de imbuir al aire la limpia luz vecina
de las lámparas. Paseé, paseé, atrapado,
feliz, insospechadamente eterno en mis
costumbres, decididamente abocado
a un cómodo hospedaje con umbral de farolas,
habitación de agua y un destino soberbio
entre mis límites; mis límites, mis lados,
los flancos de aquel puente, le Pont de L'Alma.

PONT NEUF

Hoy eres para siempre la ciudad que he soñado
porque resbalan suaves tus lentos ocasos
en el agua. Y aunque ize la muerte a ese infeliz
que embalan los gendarmes y aúllen las sirenas
como el último grito hiriente del invierno,
lejanía y misterio, resplandores y barcos,
hoy serás para siempre la ciudad que he soñado.

LAS IMAGENES

Encontramos un río; en su fondo las piedras
relucen como plata y en la corriente afín
nuestra imagen navega. Recuerdo de otro tiempo,
presencia de ahora mismo, en tu corriente vas
donde yo no estaré; en mi corriente voy
donde tú no estarás. Con las pautas del sol
sueño despacio; imagino el ayer, vuelvo al ayer.
Me abismo en la costumbre constante de vivir
donde tú no apareces, o donde huyes, o donde ya no estás.
Como una luz que ciega o un faro que me alumbra
o un vivo carrusel que es centella en la noche,
vuelvo hacia mí, me enredo en lo que fui.
Pero ya no es claridad el fuego que era entonces.
Vuelvo a mí, busco la vida, vivo en la que fui.
Crepúsculo de amor es tu sombra dormida
sobre el haz rumoroso; y tus palabras sueño.
Me veo en la corriente que desconoce el fin
donde yo no estaré porque tú no estarás.

LAS MIRADAS

¿En qué piensas tú que como yo descubres
que ha llegado la noche, que el viento es frío azul?
Mira este manantial; contempla su misterio.
Contempla sobre las aguas la lumbre transparente.
¿Qué estás mirando? Mira sobre la sombra
el sueño que es tu sueño; mírate luego en mí.
O mira como yo sobre el agua en tu rostro
la líquida esperanza que es un flujo de tiempo.
Podremos ser iguales a esa rama escondida
que es soporte del viento o al oscuro murmullo
que es música interior y secreto en la noche.
Más allá de nosotros, durmiendo sobre el río,
igual que un vigilante de una hoguera invisible,
está lo que seremos, gris memoria y nostalgia.
Por eso mírame y mírate en el agua
porque están las palabras que pueden separarnos
y fluye la corriente que puede reunirnos.

CONVERSACION EN JUNIO

Con un sol intenso, en un barrio apartado, conversamos.
Sugerencias del páramo podrían parecer los cerros altos
y la ribera oculta una escombrera con juncos mal crecidos.
Los álamos despuntan como lanzas de luz y el descampado
es férreo, un yermo mineral resplandeciente.
Mi costumbre sucumbe a esta rutina pero el sol me sugiere
una cierta piedad con todo lo que es pobre y casi hermoso.
(Además día a día sé que me respalda la visión hechizada
del campo verdecido de amapolas, suave fuego en mis ojos).
No sé en que te fijas tú porque no mencionamos los detalles.
Sí sé lo que tú piensas y cómo sientes lo que piensas.
Eres vehemente, espiritual, iconoclasta, ateo.
Pero tienes a la vez casi una fe de monje intransigente
y en solitarias horas sueles buscar en las iglesias paz.
El Nuevo Testamento socorre por las noches tu vigilia
y recordamos dichos hermosos de Jesús, la palabra de Juan,
la cólera excesiva de San Pablo, la bondad campesina de Mateo.
Los clásicos alivian la aspereza del rutinario ruido que
a veces es la vida. ¿Heráclito, Platón? ¿Virgilio, Ovidio?
Una vieja sentencia, un pensamiento claro, un verso espléndido
conjuran el horror – un cierto miedo – que en ambos es costumbre.
Si te recuerdo el mal que en mí es desolación, en ti tiniebla,
esgrimes la entereza que a veces te acompaña en tus silencios.
Un claro hábito, como abrir las ventanas, dejar que entre la luz,
solicitar reposo, sentir en comunión los vuelos rasos,
y ser la levedad del alma atravesada por el aire.
Hablamos de Castilla como de una necesidad en el verano.
¿Toscana algo salvaje? ¿Toscana amenazada por el yermo?
El trigo nos consuela y enardecen las vegas
con álamos y sauces disputas de impresiones y nostalgias.
Los pardales severos estimulan la vista
porque allí prende un azul que baja desde el cielo.
La sequedad es agua trasmutada en vergel
y el amarillo cumbre donde estalla la luz.
Castilla es nuestro amor; su sentimiento es nuestro.

La escombrera es ahora la lumbre de cascotes encendidos.
Las amapolas hierven como resoles múltiples.
Las primaveras soportan el verdor como alas leves.
Tu vida se repliega a la extrañeza de ser sólo tú.
Por mi parte regreso a la costrumbre de verme extraviado.
¿Qué queda de nosotros, tú la extrañeza, mi vida la costumbre?

INDICE

Págs.

RETORNOS 7
- VIDA HUIDA 9
- MEMORIA Y DESEO 10
- VIDAS PARALELAS 11
- LA CASA MUERTA 12
- LA TARDE CENITAL 13
- EL OLOR INVENCIBLE 14
- BELLEZA ESENCIAL 15
- LOS VIEJOS TRONCOS 16
- OFRENDA NATURAL 17
- LOS PRESAGIOS DUDOSOS 18
- EL RETORNO DE LOS VENCEJOS 19
- ETERNOS RETORNOS 20
- AYER Y HOY 22

CUADROS 23
- EL AMOR Y LA MUSICA (Tiziano) 25
- EL SILENCIO VISIBLE (Zurbarán I) 26
- LA LLAVE SIGILOSA (Zurbarán II) 27
- LOS PINTORES FELICES (Chardin) 29
- TAZON REAL, ALCUZA ILUMINADA (Morandi) 30
- LOS SEMBRADOS Y EL MAR (Mark Rothko) 31

HOMENAJES 33
- FONTIVEROS 35
- LUIS CERNUDA 37

ENCUENTROS 39
- PLACE DES VOSGES 41
- UNA VIDA MAS LARGA 43
- EL SUEÑO DE LA VERDAD 44
- LA VIDA DECISIVA 45
- PONT DES ARTS 47
- PONT DE L'ALMA 48
- PONT NEUF 49
- LAS IMAGENES 50
- LAS MIRADAS 51
- CONVERSACION EN JUNIO 52